

Para caracterizar la moralidad de la coalición hay que añadir que Luis XII era aliado de los Venecianos, los cuales le habían ayudado á hacer la conquista del Milanesado. Maximiliano, por su parte, acababa de celebrar una tregua de tres años con la república. El honrado alemán tuvo algunos escrúpulos, pero su aliado el Papa tranquilizó su conciencia: « El emperador era el protector de la Iglesia romana, y como tal debía prestarle auxilio. » El que ménos vergüenza tuvo de los tres bandidos coronados que firmaron el acta de reparto, fué indudablemente el Papa. El vicario de Cristo llevó su impudencia hasta el extremo de poner los rayos espirituales al servicio de su ambición: en el tratado se estipula que Julio II lanzará el interdicto contra la república, contra sus súbditos y contra sus aliados. El Papa se obligó además á entregar al primer ocupante los bienes de los Venecianos. Después, por medio de una bula expresa, santificó la Liga, proclamando « que había sido celebrada para la exaltación de la santa cruz y para la propagación del nombre cristiano. » Por último, el Papa hizo á Dios mismo cómplice de su rapiña, declarando que la Liga sería provechosa para la cristiandad, para Dios y para Jesucristo, nuestro salvador: « porque, dice, defiende su causa y procura su honor » (1).

Julio II no era un malvado; si hubiera ceñido otra corona cualquiera en lugar de la tiara, hubiera pasado por un grande hombre. Una elevada ambición le inspiraba, según se dice; quería librar á la Italia de los Bárbaros. La Liga contra Venecia fué sustituida bien pronto por una Liga nueva contra el aliado más poderoso del Papa, el rey de Francia. Julio II se proponía armar á los Bárbaros unos contra otros y arrojarlos á todos del suelo italiano. El fin parecía santo; para conseguirlo, Julio II no retrocedió ante ningún medio: engañó á los aliados, engañó al mismo Dios, de quien se decía vicario, haciendo alarde de un celo religioso muy ajeno á sus propósitos, puesto que todas sus miras se dirigían al engrandecimiento de los Estados pontificios. En definitiva, vemos al jefe de la Iglesia seguir la máxima funesta que se ha echado en cara á una orden poderosa: que el fin justifica los

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, P. 1.<sup>a</sup>, p. 116.

medios. En esto consiste el maquiavelismo. Y, cosa notable, el objeto que Maquiavelo se proponía era el mismo que se atribuye como un mérito á Julio II; el secretario florentino era un patriota por lo ménos tan ardiente como el Papa; quería, como él, emancipar la Italia. ¿ Por qué, pues, sigue pesando la maldición sobre la cabeza de Maquiavelo y siguen los historiadores exaltando á Julio II?

## § II.— La teoría.

### N.º 1.— Maquiavelo.

No hay en el mundo político reputación más odiosa que la de Maquiavelo; según sus numerosos detractores, ha inventado la mentira, la perfidia, la crueldad fría; diríase que ántes de él no ha habido traidores, ni ambiciosos sin conciencia, ni tiranos crueles; diríase que todo lo malo que se ha hecho en las relaciones de los pueblos procede del *Príncipe*, como el efecto de la causa. Si Mauricio de Sajonia engañó al emperador, consiste en que había leído á Maquiavelo. Si los sultanes ahogan á sus hermanos á su advenimiento al trono, es porque el *Príncipe* ha sido traducido á la lengua turca. La matanza horrible de la noche de San Bartolomé y la conspiración de las pólvoras no reconocen otro origen. En fin, poco falta para que hagan á Maquiavelo encarnación del demonio. El escritor inglés de quien tomamos estos detalles, es un admirador del político florentino; pero aunque procura explicar el *Príncipe*, Macaulay confiesa que la primera lectura de aquel libro famoso le había llenado de asombro y de horror: « Un forzado empedernido, dice, no tendría tanta audacia para predicar el crimen. La tranquilidad del autor, cuando expone su espantosa teoría, tiene algo del espíritu del mal » (1).

El juicio del historiador inglés es el de todo hombre que tiene el sentimiento del bien y del mal. Maquiavelo no encuentra un solo partidario en el siglo XIX. No sucedió así en el XVI; el libro

(1) MACAULAY, *Essays. Machiavelli*.

del *Príncipe* tuvo favorable acogida en todas partes; los papas, los reyes y los sultanes le dieron á porfía muestras de su aprobacion: ni una voz protestó contra la política de su autor (1). La comparacion de los sentimientos del siglo XVI con los del XIX es la justificación de Maquiavelo, y á la vez la prueba del progreso que se realiza en la moral internacional. Los que alaban lo pasado y condenan lo presente, oponen la buena fe y la sencillez de nuestros antepasados á la doblez y corrupcion contemporáneas; los pesimistas dicen que el hombre sigue siendo malo, y que si hay progreso es en el mal. Las apreciaciones diversas de que Maquiavelo ha sido objeto desmienten brillantemente el pesimismo histórico y las ilusiones que algunos quieren hacerse sobre los buenos tiempos pasados. Maquiavelo no es un bandido, es uno de los espíritus más elevados de la Italia del siglo XV; siglo en que la Italia brillaba en Europa como el cielo estrellado en las tinieblas de la noche. Su doctrina no tenía nada de singular; era la de los papas y los príncipes: por esto fué acogida con aplauso universal. Pasan algunos siglos y se cubre de infamia el nombre de Maquiavelo. Creemos que la humanidad no admitirá este juicio y que se mostrará más indulgente con el hombre, sin dejar de reprobear sus doctrinas. No se condena el patriotismo antiguo, por más que todo lo permitía contra el enemigo. Pues bien; el patriotismo es el que ha inspirado al gran escritor de Florencia.

Maquiavelo no predica el mal por amor al mal; no es el inventor del crimen. Reprueba, por el contrario, la perfidia, la crueldad, la tiranía; sería fácil recoger en sus escritos pasajes dignos del más severo moralista (2). Pero todas estas bellas máximas no prueban nada para el político italiano. Hay en él un error fundamental que vicia los mejores preceptos. La moral de Maquiavelo es un cálculo de utilidad; no se juzga como buena ó mala la acción en sí misma, sino con arreglo al fin para que debe servir. Ahora bien; el fin justifica la perfidia lo mismo que la buena fe; la crueldad lo mismo que la humanidad. Es el famoso principio de

(1) Véanse las pruebas en el prólogo de las *Opere di NICOLÒ MACHIAVELLI*, Italia, 1819, p. 55 y sig.

(2) Véase el prólogo de las obras de MAQUIAVELO, edicion de Italia, p. 31 y sig.

que el fin justifica los medios, el cual es la negacion de toda moral. Escuchemos á Maquiavelo:

« En las acciones de los príncipes se considera solamente el fin que se proponen. Ponga, pues, su ahinco el príncipe en vencer todas las dificultades. *Si sale airoso, sus medios serán siempre juzgados honrosos.* El vulgo se deja siempre engañar por las apariencias y seducir por el éxito, y en el mundo no hay más que vulgo. » Desde este punto de vista todos los crímenes pueden legitimarse, porque todos pueden tener su utilidad, por lo ménos momentánea, y lo que decide en política es la ventaja del momento. Los animales cuya forma debe saber imitar el príncipe son la zorra y el leon. Del primero ha de aprender á ser diestro, y del segundo á ser fuerte. Los que desdeñan el papel de la zorra no conocen su oficio. Un príncipe prudente debe evitar el cumplimiento de las promesas que son contrarias á sus intereses. « No pensaría, dice Maquiavelo, en dar tal precepto, si todos los hombres fuesen buenos; pero como son todos malos, y siempre están dispuestos á faltar á su palabra, no hay por qué se empeñe el príncipe en ser más fiel á la suya, y esta falta de fe es siempre fácil de justificar. Lo importante es desempeñar bien su papel y saber fingir á tiempo y disimular. Y los hombres son tan sencillos, que el que quiere engañarlos encontrará siempre tontos con facilidad. » Si el crimen es útil, la virtud puede, por el contrario, ser perjudicial; basta que el príncipe tenga las apariencias de la virtud: « El príncipe debe procurar adquirir una reputacion de bondad, de clemencia, de piedad, de fidelidad á su palabra y de justicia; debe tener todas estas buenas cualidades, pero dominarse bastante para desplegar las contrarias cuando conviene. Yo afirmo que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede practicar impunemente todas las virtudes, porque el interes de su conservacion le obliga muchas veces á violar las leyes de la humanidad, de la caridad y de la religion » (1).

Para disculpar á Maquiavelo se ha querido hacer del *Príncipe* un libro aparte, sin relacion con las demas obras del autor. Esto es una suposicion gratuita; no hay más que abrir sus *Discursos*

(1) MAQUIAVELO, *el Príncipe*, c. 18.

sobre Tito Livio para convencerse de que dominan en ellos los mismos principios. Citarémos un ejemplo que dará á conocer el fin que se proponía el célebre escritor. Rómulo condena á muerte á su hermano; despues consiente en la de Tito Tacio, asociado por él á la corona. Veamos qué leccion saca Maquiavelo de este doble crimen: «No se crea, dice, que cualquiera puede por ambicion deshacerse de sus rivales: es preciso ver el fin que se proponía Rómulo con aquel doble homicidio. Una república no puede ser bien constituida más que por un solo hombre. Un hábil legislador deberá, pues, emplear toda su habilidad en concentrar el poder en sus manos. Los hombres prudentes no condenarán á un hombre superior por haber usado de un medio que sale fuera de las reglas ordinarias; para el importante objeto de fundar una república ó de ordenar una monarquía. Lo que se debe desear es que en el momento en que el hecho le acuse el resultado le excuse; SI EL RESULTADO ES BUENO, QUEDA ABSUELTO. Tal es el caso de Rómulo» (1). De suerte que los fundadores de repúblicas están sobre las reglas comunes de la moral. Esto mismo debe suceder con los que salvan al Estado de un gran peligro. Sabido es que el Senado violó el tratado de las Horcas Caudinas para conservar un ejército en el cual se fundaba la salvacion de Roma. Maquiavelo da su completa aprobacion á esta conducta. «La defensa de la patria, dice, es siempre buena, sean cuales fueren los medios que se empleen. Cuando se trata de la salvacion de la patria, no se debe detener por ninguna consideracion de justicia ó de injusticia, de humanidad ó de crueldad, de vergüenza ó de gloria: lo importante, lo que debe prevalecer sobre todo lo demás es alcanzar su salvacion y su libertad» (2).

Se ve que la doctrina de Maquiavelo no es la del crimen por el crimen. Cuando se quiere apreciarla hay que distinguir el fin que se propone de los medios que aconseja para conseguirlo. El fin es la salvacion de la patria; en cuanto á los medios son indiferentes. El fin lo ha encontrado en su grande alma, digna de los ciudadanos de Roma, á quienes glorifica en todas ocasiones; los medios, por mejor decir, la máxima de que el fin justifica los medios, la to-

(1) Discurso sobre Tito Livio, 1, IX.

(2) Discurso sobre Tito Livio, III, 111.

maba de su siglo, la veia en todas partes practicada, así por las repúblicas como por los tiranos, por los papas como por los reyes. Hemos citado algunos rasgos de la política de los príncipes y de los soberanos pontífices; si alguna cosa podia excusar á los que deberían servir de guía á la humanidad, es que sus opiniones eran las de todo el mundo. Maquiavelo ha escrito la historia de Florencia; en todas sus páginas aparece la misma idea; los ciudadanos de las repúblicas italianas no se cuidaban de lo que era justo ó injusto, no miraban más que lo que era útil á la ciudad (1). No habia ya religion ni temor de Dios. Nos engañamos: los más malignos se servian de la fe jurada para engañar á los que, en su sencillez, creian aún en los juramentos. La gloria correspondía, no al que practicaba la ley del deber, palabra que no tenía más sentido en Florencia que en Roma; se reservaba la admiracion para los que sabian engañar mejor (2). El éxito: esta palabra comprendia toda la moral, todo el derecho; la conciencia era cosa de risa y la infamia cosa de burla; la victoria, de cualquier manera que se alcanzase, no manchaba nunca al vencedor (3). Maquiavelo aceptó aquella política inmoral; ésta es su gran falta; su conciencia no estaba á la altura de su genio. Añadamos, para ser justos, que si alguna cosa pudiera alguna vez excusar la inmoralidad de los medios, sería la grandeza del fin que incesantemente se propuso el gran escritor.

Maquiavelo es un escritor del Renacimiento; ciudadano de Roma más que de su patria, vive en la antigüedad; la república de Roma es su ideal. Si toma la pluma, no es por una vana gloria literaria, sino para excitar á los Italianos del siglo XVI á imitar á sus antepasados. Escuchemos el prólogo de los *Discursos sobre Tito Livio*: «Si se considera el respeto que se profesa á la antigüedad, el valor que muchas veces se da á simples fragmentos de una

(1) MACHIAVELLI, *Istorie*, lib. IV (*Op.*, t. I, p. 480): «Ma poi che si viveva oggi in modo, che del giusto et dell'ingiusto non si aveva a tenere molto conto, voleva lasciare questa parte indietro, è pensar solo all'utilità della città.»

(2) MACHIAVELLI, *Istorie*, lib. III, p. 382: «Quanto l'inganno riesce più facile e sicuro, tanto più lode e gloria se ne acquista.»

(3) MACHIAVELLI, *Istorie*, lib. III, p. 405: «Coloro che vincono, in qualunque modo vinceno, mai non ne ripostano vergogna.»

estatua antigua que se desea conservar; si, por otra parte, se ven los maravillosos ejemplos que nos presenta la historia de los reinos y de las repúblicas antiguos; los prodigios de sabiduría y de virtud realizados por reyes, capitanes, legisladores, que se han sacrificado por su patria; si se los ve más admirados que imitados, y aún tan descuidados que no queda ya rastro de aquella antigua virtud, no puede ménos de verse uno tan extrañamente sorprendido como profundamente afectado.... La imitacion de los antiguos parece no solamente difícil, sino imposible; ¿no parece que el cielo, el sol, los elementos y los hombres han cambiado de orden, de movimiento y de poder, y que son diferentes de lo que eran antes?» Maquiavelo no se cansa de alabar lo pasado á expensas de lo presente; y ¿qué es lo que encuentra tan admirable en Roma? La libertad: «Hoy hay algunas ciudades libres en Italia; en la antigüedad estaba poblada de Estados libres, desde la Lombardía hasta la punta que mira á Sicilia.... Recórrase hoy el país de los Samnitas, y no se encontrarán más que desiertos. La causa de este gran cambio es que el país, que era libre, se ha convertido en esclavo» (1). ¿Quién ha reducido á servidumbre la Italia? Los extranjeros, aquellos á quienes los Italianos del siglo XVI, en su orgullo, llamaban los Bárbaros. Maquiavelo, viendo el colmo de la opresion, lanzó un grito de angustia; del fondo de la miseria debe nacer un salvador: «Si ha sido necesario que el pueblo de Israel estuviese esclavo en Egipto, para apreciar los notables talentos de Moises; que los Persas gimiesen bajo la opresion de los Medos, para conocer la magnanimidad de Ciro; si los Atenieses no han sentido vivamente la importancia de los beneficios de Teseo, sino porque habian experimentado los males inherentes á la vida errante y vagabunda, ha sido necesario tambien, para apreciar los talentos y el mérito de un salvador de Italia, que nuestro desgraciado país haya sido más cruelmente maltratado que la Persia, que sus habitantes hayan vivido más dispersos aún que los Atenieses; en fin, que hayan carecido de leyes y de jefes, y que hayan sido saqueados, desgarrados y esclavizados por los extranjeros.» En el último capítulo del *Príncipe* es donde Maquiavelo da rienda suelta á los sentimien-

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, lib. II, c. 2.

tos que oprimen su alma, como si quisiera protestar de antemano contra el desfavorable juicio que habia de formarse de él. Llama á la ilustre familia de los Médicis á salvar á la Italia de los Bárbaros que la oprimen; la Italia espera un redentor: «No puedo decir, exclama el patriota, con qué amor será recibido en todas estas provincias que han sufrido las invasiones extranjeras, con que fe, con qué piedad, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se cerrarian para él? ¿Qué pueblos le negarian obediencia? ¿Qué Italiano no le serviria? ¡Todos están hartos de la dominacion bárbara! Abrace este proyecto vuestra ilustre casa, con esa audacia, con esa esperanza que dan las empresas justas, á fin de que esta patria se levante bajo sus banderas, y que bajo sus auspicios se realice la palabra de Petrarca: el valor luchará con furor, y el combate será corto, porque el antiguo valor no ha muerto todavía en los corazones italianos» (1).

Estos acentos no son los de un bribón, son el clamor de un ardiente patriota. El patriotismo de Maquiavelo tiene la grandeza del patriotismo antiguo; pero tiene tambien sus escollos. Para el ciudadano de Roma y de Esparta la patria era un ídolo al cual sacrificaba todo, empezando por su propia persona. Si el ciudadano absorbía al hombre, si eran desconocidos los derechos de la naturaleza, ¿qué respeto se habia de tener á los que eran enemigos de la patria? El amor de la patria engendraba el ódio; la idea misma de lo justo y de lo injusto quedó ahogada en aquella pequeña concepcion. Tal fué tambien el patriotismo de Maquiavelo; es un altar sangriento en el cual estaba dispuesto á inmolarlo todo. La salvacion del pueblo es la ley suprema; esta es toda la moral antigua y toda la moral de Maquiavelo. La Italia está esclavizada, es preciso arrojar á los Bárbaros; para vencerlos, se necesita un hombre que concentre en sus manos las fuerzas dispersas de las ciudades italianas. ¿Cómo establecer una fuerte unidad, allí donde reina una diversidad infinita? ¿Cómo unir ánimos profundamente divididos, mil ambiciones rivales? Esto no puede hacerlo más que un salvador; para allanarle el camino, Maquiavelo no

(1) *El Príncipe*, c. 18, traduccion de QUINET.

retrocede ante nada, no le es costoso ningun sacrificio. Esta es la explicacion del *Príncipe*.

Todavía no es completa la explicacion; nos falta decir por qué Maquiavelo, para salvar la Italia, la entrega atada de piés y manos á un salvador, que infaliblemente hubiera sido un tirano. Aquí tocamos una llaga de la Italia, llaga que tiende á propagarse por toda Europa, la decadencia moral. Si el autor del *Príncipe* consiente en el despotismo para conseguir su objeto, no es por amor á la tiranía; todas sus predilecciones están por la república. Sus *Discursos sobre Tito Livio* son un elocuente alegato en pró del gobierno democrático; abunda en elogios del pueblo, exalta sus virtudes, hasta su sabiduría y su constancia; dice y repite que las repúblicas saben escoger los hombres de capacidad mejor que los reyes, lo cual es una ventaja inmensa sobre las monarquías. Su consecuencia y su conviccion profunda es que los pueblos no pueden llegar á ser poderosos sino por medio de la libertad (1). ¿Por que, pues, ha escrito el *Príncipe*? Maquiavelo desprecia los hombres; cosa triste de decir, desprecia principalmente á los Italianos, y los desprecia porque están tan corrompidos, que no pueden ya salvarse por sí mismos. Hé aquí por qué quiere un señor que deje sentir su mano de hierro sobre el pueblo y lo salve á su pesar y á despecho de sus vicios (2). El gran político se ha hecho una ilusion. Ilusion amarga, ilusion funesta, que no se debe dejar á los pueblos que se asemejen á la Italia del siglo XVI. Sí, las naciones corrompidas no resisten la libertad, porque son indignas de ella; pero ¿pueden ser salvadas por medio del despotismo? ¡Singular manera de curar la corrupcion, lo que degrada la naturaleza humana! El despotismo sólo sirve para hacer el mal irremediable, quitando á los hombres el sentimiento de su dignidad y de su responsabilidad. Pero nunca se debe desesperar de la salvacion de la humanidad; los individuos y las naciones pueden siempre salvarse, fortaleciéndose en el sentimiento del deber. Si no tienen fuerzas para volver á la moralidad, en vano se entregarán á un salvador; su salvacion será como la del pueblo rey por los Césares. Esta

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, lib. I, c. 47, 58; lib. II, c. 2; lib. III, c. 9 y 34.  
(2) *IBID.*, lib. I, c. 8 y 55.

es la enseñanza que el siglo XIX debe buscar en el estudio de Maquiavelo.

N.º 2.—*Commines*.

La conciencia pública no enmudece nunca por completo. En los siglos XV y XVI los príncipes y los pueblos no habian llegado aún á la idea del deber en sus relaciones; estas relaciones eran esencialmente hostiles, y el interes dominaba en ellas. De aquí Maquiavelo y su funesta doctrina. Sin embargo, la noche más oscura deja siempre en el cielo algun débil resplandor. ¿Quién creeria que en la corte de Luis XI, el príncipe de más mala reputacion de su tiempo, habia un hombre político cuyos escritos revelan tendencias muy superiores al maquiavelismo? Commines no es un rígido moralista; se le ha censurado por ser demasiado indulgente con Luis XI: «Las crueldades de su señor, dice *M. Villemain*, le indignan poco. Tiene demasiado buen sentido para no conocer que la tiranía es un mal cálculo, pero no tiene bastante virtud para odiar al tirano. Y además, estima tanto la habilidad, que con facilidad perdona una mala accion bien hecha» (1). Este juicio es demasiado severo, porque no deja ver cuán superior era Commines á su siglo. Recordemos que el asesinato estaba erigido en doctrina; recordemos que nunca fueron más solemnes los juramentos de los príncipes, ni más mal observados. Los reyes no se atrevian á verse sino despues de haber obtenido salvo-conductos; á pesar de esta injuriosa precaucion, la entrevista de Luis XI con Carlos el Temerario en Perusa fué condenada por todos sus consejeros como un proyecto insensato. ¡Cuando Luis XI dió la Guienna á su hermano, éste prometió bajo juramento no matar al rey! ¡El duque de Bretaña y Luis XI juraron recíprocamente no atentar á sus vidas. Hé aquí hechos que demuestran una profunda alteracion del sentido moral. La gloria de Commines consiste en haberse elevado sobre la inmoralidad universal.

Es verdad que Commines juzga á los hombres con indulgen-

(1) *VILLEMMAIN*, *Curso de literatura francesa en la Edad Media*, leccion XVI.

cia; pero su moderacion no procede de indiferencia por el bien y el mal; es indulgente porque ha visto mucho y conoce el mundo. El escritor solitario se inclina á juzgar las acciones humanas con inflexible severidad; los que han vivido en medio de los hombres y conocen las mil y una circunstancias que influyen sobre su manera de ser y de obrar, no los condenan tan fácilmente. Commynes habia visto á la mayor parte de los príncipes de su tiempo; declara que «en Luis XI y en todos los otros príncipes á quienes ha conocido ó servido, ha visto bueno y malo, porque son hombres como nosotros; sólo Dios es perfecto. Pero cuando en un príncipe la virtud predomina sobre los vicios, es digno de gran memoria y alabanza, puesto que estos personajes son más voluntariosos que los demas hombres, ya por la poca represion que han sufrido en su juventud, ya porque en su mayor edad la mayor parte de las gentes procuran complacerles» (1).

Bajo este punto de vista juzga Commynes á los dos príncipes con los cuales ha tenido relaciones, Luis XI y Cárlos el Temerario: «Podrá parecer á los tiempos futuros y á los que vieren esto, que en estos dos príncipes no hubo gran fe ó que yo hablo mal de ellos. No quisiera hablar mal ni de uno ni de otro» (2). Commynes no oculta las faltas de su señor; si no las condena con la indignacion de un moralista, sin embargo, las condena: «Como es necesario conocer así los engaños y picardías de este mundo, como lo bueno (*no para usarlas, sino para precaverse contra ellas*), quiero dar á conocer un engaño, una habilidad, ó como se lo quiera llamar, porque fué llevado á cabo con mucho tino» (3). ¡En aquel *engaño* se trataba nada ménos que de una traicion. Commynes no la aprueba, puesto que la presenta como un *mal*, pero alaba casi la habilidad con que fué llevada á cabo. No le atacamos demasiado por esta debilidad; en el siglo xvii hemos de ver todavía un gran filósofo que enseña que la política de los príncipes no debe juzgarse segun los principios de la moral. En el siglo xv las relaciones de los reyes no eran más que engaños.

(1) COMMYNES, *Memorias*, prólogo.

(2) *Id.*, *ibid.*, III, 9.

(3) *Id.*, *ibid.*, III, 4.

Se ha llamado á los embajadores espías dorados; la definicion no ha sido nunca más exacta que en la época en que los representantes de los príncipes empezaron á tratar los negocios. Dejemos la palabra á Commynes; él nos diré cuáles fueron los primeros pasos de la diplomacia moderna: «No son cosa segura tantas idas y venidas de embajadas, porque muchas veces se tratan en ellas malos asuntos; sin embargo, es necesario enviar embajadas y recibirlas. A los que vienen de parte de buenos amigos y de donde no hay motivo de sospecha, yo sería de opinion de que se les hiciese buena acogida y se les permitiese ver al príncipe con frecuencia. Y cuando haya que verle, que esté bien enterado de lo que debe decir y se retire pronto, porque la amistad que media entre dos príncipes no dura siempre. Si los embajadores proceden de príncipes cuyo ódio sea contínuo, nunca hay gran seguridad, en mi opinion. Se los debe tratar bien y acogerlos honrosamente, así como darles buen alojamiento y disponer gentes de confianza y prudencia que los acompañen; de esta manera se sabe quién va á verlos y se impide que les lleven noticias las gentes ligeras y descontentas, porque en todas partes hay alguno que no está contento. Además quisiera oírlos y despacharlos pronto, porque me parece muy mala cosa tener enemigos dentro de casa. Y para un embajador que me enviasen les enviaria yo dos; y aún cuando se cansasen y dijeran que ya no enviarian más, quisiera volver á enviarles cuando viesese oportunidad y medio. *Porque no es posible encontrar espía tan bueno y tan seguro, ni tan autorizado para ver y oír.*» Commynes acaba excusándose por lo largo de su digresion: «Y esto no ha sido sin causa, dice, porque he visto hacer tantos engaños y maldades con estos colores, que no he podido callarme» (1).

El objeto de aquellos engaños era la ávida ambicion que caracteriza á los príncipes al principio de la era moderna. Con ocasion de la muerte de Luis XI, Commynes hace un discurso sobre la vida de los reyes contemporáneos, Cárlos de Borgoña, Eduardo de Inglaterra, Matías de Hungría, Bayaceto de Constantinopla; su conclusion es que todos hubieran debido tener más temor de Dios:

(1) COMMYNES, *Memorias*, III, 8.

« Ved, pues, la muerte de tantos grandes hombres en tan poco tiempo, que tanto han trabajado por medrar, que tantos trabajos han pasado por conseguirlo acertando su vida, y acaso exponiendo sus almas. Y esto no lo digo por el Turco, porque este punto lo doy por resuelto, y que él y sus predecesores tienen ya aposento preparado..... ¿ No hubiera valido más á los otros príncipes elegir mejor camino en estas cosas? Quiero decir fatigarse ménos, emprender ménos cosas y tener más temor de ofender á Dios » (1). En otra parte condena Commines con más energía todavía « la bestialidad de muchos príncipes y la maldad de otros, que tienen bastante talento, pero que quieren hacer mal uso de él: ni la razón natural, dice, ni el temor de Dios, les impiden ser violentos unos contra otros, ni retener lo ajeno, ni quitárselo por todos los medios posibles. » Maquiavelo, ciudadano de una república y republicano, se ha extraviado hasta escribir el código del despotismo. Commines, consejero de un rey absoluto, condena los vicios de los déspotas « que imponen contribuciones tiránicamente en lugar de recaudarlas con el consentimiento de los pueblos, que es lo único conforme á justicia. » Condena su política lo mismo que su gobierno: « Si su vecino es fuerte y duro le dejan vivir, pero si es débil no sabe donde meterse. Dicen que ha prestado auxilio á sus enemigos, ó querrán hacer vivir sus tropas en su país, ó comprarán querellas, ó sostendrán á su vecino contra él y le prestarán tropas. » Commines los reprende también por emprender guerras por su puro capricho « sin opinión ó consejo de sus estados, porque éstos son los que han de emplear sus personas y sus bienes, por lo cual debían saberlo ántes de que comenzáran las guerras » (2).

Hemos visto á Commines alabar casi la habilidad con que se llevó á cabo un engaño. ¿ Quiere esto decir que justifique los medios por el fin? Él mismo responderá á esta pregunta. Carlos el Temerario entrega á Luis XI el condestable Saint-Pol, despues de haberle concedido un salvo-conducto. El historiador, tan tranquilo generalmente y tan indulgente, se indigna contra esta per-

(1) COMMINES, *Memorias*, VI, 13.

(2) ID., *ibid.*, V, 18.

fidia: « Todas las razones, dice, que yo pudiera alegar en esta materia no podrian encubrir la falta de fe y de honor cometida por el duque, facilitando un salvo-conducto á dicho condestable y vendiéndolo, sin embargo, por avaricia..... Fué gran crueldad entregarle á donde estaba seguro de la muerte. » Commines hace notar que desde entónces abandonó la fortuna á Carlos el Temerario: « Y así, viendo las cosas que Dios ha hecho en nuestros tiempos, parece que no quiere dejar nada impune, y se puede ver evidentemente que estas grandes obras vienen de él, porque son fuera de lo natural y son castigos repentinos, y especialmente contra los que usan de violencia y de crueldad..... Dios preparó al duque de Borgaña un enemigo de bien poca fuerza (1) y muy jóven, con poca experiencia de todo, y le dió un servidor, en quien más confianza tenía, y que fué falso y malo (2) y se hizo sospechoso á sus súbditos y buenos servidores. ¿ No son estos verdaderos preparativos de los que Dios solia usar en el Antiguo Testamento con aquellos cuya fortuna queria cambiar de próspera en adversa? » (3).

Esta idea de una justicia divina ó de un gobierno providencial reaparece con frecuencia en Commines; debemos fijarnos en ella. Los antiguos atribuian la corriente de los sucesos humanos al acaso, á una ciega fatalidad. Commines dice que « estos grandes misterios no vienen de la fortuna, y que la fortuna no es más que una ficcion poética (4). Dios distribuye los bienes, de él viene la prosperidad ó la desgracia de los príncipes (5). La suerte y buena fortuna viene de Dios; él es quien da la victoria » (6). Sin dejar de incitar á los hombres á que hagan lo que pueden y lo que deben, Commines no les atribuye más que una pequeña parte en los grandes acontecimientos, las guerras y las conquistas: « Por mucho que sepan deliberar los hombres en estas materias, Dios saca las consecuencias que tiene por conveniente » (7).

(1) Los Suizos.

(2) El conde de Campo Basso, que hizo traicion á su señor.

(3) COMMINES, *Memorias*, V, 6; IV, 13.

(4) ID., *ibid.*, IV, 12.

(5) ID., *ibid.*, I, 3; V, 9.

(6) ID., *ibid.*, I, 4.

(7) ID., *ibid.*, III, 8.